

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquinét

Los Factores de la Educación social ⁽¹⁾

II

La materia viviente apareció sobre la tierra bajo el imperio de condiciones de equilibrio que le son propias. Cuando se realizaron estas condiciones no podía dejar de aparecer, del mismo modo que no puede ser destruída mientras duren las reacciones naturales á las cuales está sometida.

Ahora bien, este equilibrio, estable en su base, es esencialmente móvil en sus manifestaciones secundarias. De ahí resulta que cada ser viviente, aun cumpliendo, sin variaciones, ciertos actos fundamentales que constituyen la esencia misma de la vida, debe modificar las maneras de llenar, de asegurar sus vitales funciones. Al mismo tiempo que cambian las condiciones exteriores del medio donde vive, debe variar sus acciones para conservar siempre y á cada instante la relación que liga su dinámica individual á la dinámica general ambiente. Este fenómeno de equilibrio á la vez móvil y estable se llama adaptación.

Se comprende la importancia que para el individuo tiene poder conservar tan intacta como sea posible esta facultad de adaptarse á su medio vital.

Para el hombre, la cuestión se com-

plica á consecuencia de su superioridad nerviosa sobre los demás animales.

En efecto, sus condiciones de equilibrio vital exigen que no se acomode pura y simplemente al medio exterior, sino que reaccione sobre este medio y lo modifique por su trabajo.

Importa, pues, distinguir la base invariable de la vida humana y las modificaciones en los medios que puede emplear para asegurar el cumplimiento de los fenómenos fundamentales cuya esencia son.

La base invariable es el cumplimiento normal y regular de las funciones fisiológicas de nutrición, de relación y de reproducción.

El conjunto de los actos que tienen por objeto este funcionamiento fisiológico del individuo, y que varían de época á época y de uno á otro lugar, según las circunstancias, es precisamente la adaptación.

Es necesario ver hechos de adaptación en las diversas formas de vestir, de habitación y de alimentación en uso entre los hombres, según el clima bajo el cual viven, variedad que tiene por objeto mantener en su grado normal el calor interno indispensable á su vida.

Del mismo modo todas las modifica-

(1) Véase el núm. 37.

ciones producidas por el trabajo humano, á las que se da el nombre de progreso, entran en el dominio de los hechos de adaptación. De ello nos convenceremos si observamos que cualquier invento, cualquier descubrimiento, corresponden precisamente á una necesidad social, pues que mientras esta necesidad no se deja sentir estas invenciones no se vulgarizan.

Pero ¿cómo se efectúa este trabajo de adaptación? Los factores secundarios que intervienen son la observación, la imitación y la costumbre.

La observación es una curiosidad natural en el hombre que hace que se interese por las cosas que le rodean, busca una explicación, las compara y descubre al fin los medios de servirse de ellas.

Por lo demás, la observación no es particular al hombre. La vemos igualmente en los demás animales, en grado tanto más elevado cuanto más inteligentes son.

Cuando el individuo se ha dado cuenta de los objetos que están á su alcance, cuando ha visto ejecutar ciertos actos, sido testimonio de ciertos fenómenos que se repiten con más ó menos frecuencia, experimenta en seguida la necesidad de imitar lo que ha visto y reproducir los actos que ha visto ejecutar. Á veces esta imitación es puramente inconsciente; pero á menudo también tiene por objeto utilizar estos actos, aplicar su previsto resultado con objeto de obtener un deseado efecto. Este fenómeno fisiológico se produce en virtud de asociaciones de ideas, que á su vez, tuvieron por base la observación. Recordemos que en el origen de todos estos hechos está colocada la sensación, es decir, la relación necesaria y constante que se ejerce entre todo lo que existe en la naturaleza y que el sér organizado experimenta en su más elevado grado en virtud de su sensibilidad.

Debiendo la imitación ir siempre precedida de una observación más ó menos

clara ó confusa (no se imita sino lo que se conoce), no aparece sino cuando el sér organizado ha adquirido un cierto grado de conciencia. Antes de este momento no puede haber en el individuo más que movimientos reflejos y automáticos. Pero bueno es hacer observar que es necesario remontarse casi al origen de la escala animal para hallar seres absolutamente desprovistos de conciencia y que hasta es del todo imposible, en el estado actual de la ciencia, distinguir en estos seres primitivos el movimiento reflejo del movimiento voluntario.

Volvamos al hombre. Observando al niño desde su nacimiento y á medida que crece, se puede fácilmente estudiar el desarrollo de su instinto de imitación. No hay nadie tan curioso como una criatura. Es evidente que observa. Estudiándolo de cerca vemos que sólo imita aquello que aprendió á distinguir, lo que llamó su atención. Más tarde comienza á desprenderse de la imitación pura y simple y quiere ya obtener un resultado deseado. Ha visto, por ejemplo, que su madre pone en movimiento la bola suspendida en su cuna golpeándola con la mano y manoteará esta bola de igual modo. Ha oído hablar entorno suyo, ha observado los movimientos de los labios, los sonidos de la voz, y, á su vez, busca imitar estos movimientos y estos sonidos.

El hombre primitivo examinó la industria de las bestias, los instrumentos naturales de que están provistas, y de ellos tomó modelo para construirse herramientas. Observó que los árboles forman una muralla contra el viento é imitó esta muralla inventando la empalizada, y seguramente quiso imitar la caverna desde el momento que se cavó un agujero en el suelo, ó mejor aún, dando la forma circular á su primitiva empalizada y reuniendo en haz las extremidades superiores.

Sin embargo, la primera herramienta y la primera cabaña, costaron al hom-

bre un trabajo inmenso; fué á costa de un poderoso esfuerzo intelectual tanto como muscular que pudo llegar á vencer las dificultades que halló en su ejecución. Lo mismo pasa en todas nuestras acciones, por simples que nos parezcan. Nos precisa un estudio para aprender á tenernos en pie, para andar, hablar, etc., y no logramos obtener un buen resultado más que por la repetición frecuente del mismo acto, el cual á cada repetición se nos hace más fácil, de modo que nuestra inteligencia toma una parte cada vez menos activa en su ejecución. Esta repetición frecuente que nos facilita cada vez más el cumplimiento de nuestros actos, es la costumbre, ó dicho de otro modo, la adaptación.

La costumbre no ejerce únicamente su acción sobre nuestro cerebro; forma todos nuestros órganos de modo que puedan obtener el resultado apetecido; el hábito es quien preside á la determinación de nuestra forma, y es por esto precisamente que nuestra forma no es más que transitoria y no tiene sino un valor secundario desde el punto de vista de la vida considerada en su valor intrínseco y general.

El hábito ó costumbre tiene también otro resultado: el de fijar en nosotros un carácter que hemos adquirido, carácter muy á menudo útil cuando se trata de los animales y de los primitivos, pero que también puede ser perjudicial. En el primer caso, esta adquisición es un medio de conservar la vida; en el segundo, es un encaminamiento hacia la muerte.

En fin, el carácter fijado traspasa nuestra individualidad; se transmite por la herencia de padres á hijos. Esto es lo que se entiende por atavismo ó predisposición.

Sin este último factor la adaptación volveríase inútil, y el trabajo que incumbiría á cada generación bastaría para hacer imposible el progreso. En efecto, precisamente porque conservamos los hábitos de nuestros padres y porque na-

ceamos con adquisiciones ya efectuadas es porque podemos emplear nuestra actividad en adquirir otras nuevas y perfeccionarnos.

Sin embargo, el atavismo no es fatal; es una simple predisposición que para desarrollarse tiene necesidad de hallarse en medio de circunstancias propicias.

Interviene siempre la reacción exterior para contrabalancear nuestras impulsiones, favorecerlas ó reducirlas á la nada. El niño, cuando nace, posee ya en germen todo el mecanismo del lenguaje articulado, pero no hablará si no oye hablar á su lado.

Un niño puede tener asimismo una predisposición hereditaria por un arte ó una profesión cualquiera; pero esta predisposición desaparece si no se cultiva, si no hay nada que la avive, la recuerde de algún modo.

El atavismo, hemos dicho, es decir, la consecuencia de los hábitos adquiridos y transmitidos á la descendencia, no tiene tan sólo el feliz resultado de fijar en nosotros las adquisiciones útiles; también los vicios y los defectos de toda clase dejan huellas de su existencia y determinan taras más ó menos incurables, y en este sentido, es uno de nuestros más terribles enemigos. Por último, este atavismo es tanto más fuerte cuanto más inveterado es el hábito de que procede y que se repitió durante un tiempo más considerable. He aquí porque á menudo es un obstáculo al progreso después de haber sido en su origen un factor suyo indispensable.

Observemos, por fin, que la adaptación y el atavismo, así como sus factores secundarios, tienen un límite máximo, más allá ó más acá del cual cesan de ejercer una influencia favorable, y que por consiguiente conviene averiguar qué máximo es éste á fin de poder acercarnos á él lo más posible. En materia de educación esto tiene una importancia capital.

En resumen, el organismo humano pone á nuestra disposición, para permi-

tirnos su educación, la facultad de adquirir nuevos caracteres para ponerse en armonía con el medio exterior, y la facultad de conservar los caracteres adquiridos y transmitirlos.

¿Qué caracteres, por lo tanto, conviene hacer adquirir y fijar en nuestros hijos? Tal es la tercera parte del problema que nos hemos planteado.

(Continuará.)

P. Kropotkin

La reacción en 1790 y 1791

II

El día 21 de Junio de 1791 el rey intentó escaparse. Marchábase á Alemania para ponerse á la cabeza de los emigrados, y sostenido luego por un ejército alemán, marchar sobre París. Una vez reconquistada la capital fácil es de suponer lo que se proponían los realistas. Arrestar á todos los «patriotas»; las listas de sospechosos estaban ya redactadas. Ejecutarían á unos, deportarían ó encerrarían á los demás, abolirían todos los decretos votados por la Asamblea para establecer la Constitución, ó que iban contra el clero; restablecerían el antiguo régimen con sus órdenes y sus clases; volverían á poner en vigor á mano armada los diezmos, los derechos feudales, los derechos de caza y todos los censos del antiguo régimen.

Tal era el plan de los realistas; ni siquiera lo ocultaban. «Esperad, señores patriotas,—decían á todo aquel que quería escucharles— ya os haremos pagar pronto todos vuestros crímenes.»

Como ya dijimos, el pueblo hizo fracasar este plan. El rey fué detenido en Varennes, conducido á París y colocado bajo la vigilancia de los patriotas de los arrabales.

Podía creerse que la Revolución iba á marchar á pasos de gigante hacia un lógico desarrollo. Una vez demostrada la traición del rey, ¿no llegaba la ocasión de destituirle, derribar las viejas instituciones feudales é inaugurar la república democrática?

Nada de esto ocurrió. Al contrario, fué la reacción la que triunfó definitivamente un mes después de la huida del rey y la burguesía se apresuró á librar á la realeza una nueva patente de inmunidad.

El pueblo había comprendido en seguida la situación. Era evidente que no podía dejarse al rey en su trono. Reintegrado en su castillo iba á reanudar la trama de sus conspiraciones y armar complots con Austria y Prusia. No pudiendo ya abandonar Francia, todo su celo iba á emplearse en acelerar la invasión. Esto era evidente, tanto más cuanto que los hechos no le habían enseñado nada. Continuaba negando su firma á los decretos dirigidos contra el poderío del clero y de los señores. Era, pues, necesario destronarlo, pronunciar en seguida su caducidad.

Y esto lo comprendió muy bien el pueblo de París y de una buena parte de provincias. En París, después del 21 de Junio, púsose á demoler los bustos de Luis XVI y á borrar las inscripciones reales. La multitud invadió las Tullerías; se hablaba abiertamente contra la realeza, se pedía fuese anulada. Cuando el duque de Orleans se paseó por las calles de París con la sonrisa en los labios, creyendo pescar una corona, el pueblo le volvió la espalda; no quería más reyes. Los Cordeleros pidieron francamente la república y firmaron una petición en la cual se declaraban contra los reyes, «tiránizidos» todos. La Commune de París

hizo una declaración en igual sentido. Las secciones de París se declararon permanentes; los gorros de lana y las picas reaparecieron en las calles. Sentíase estar en vísperas de un nuevo 14 de Julio. El pueblo, en efecto, estaba dispuesto á ponerse en movimiento para derribar definitivamente la realeza.

Bajo el impulso del movimiento popular, la Asamblea Nacional marchó adelante. Procedió como si ya no hubiese rey. ¿Acaso su misma huida no significaba su abdicación? Se apoderó del poder ejecutivo, dió órdenes á los ministros y tomó en sus manos las relaciones diplomáticas. Durante una quincena Francia vivió sin rey.



Pero he aquí que la burguesía cambia de parecer, se desdice y se coloca en abierta oposición al movimiento republicano. La actitud de la Asamblea cambia en el mismo sentido. Mientras todas las Sociedades populares y fraternales se pronuncian contra la realeza, el club de los Jacobinos, compuesto de burgueses estadistas, repudia la idea de república y se pronuncia por el mantenimiento de la monarquía constitucional. «La palabra república espanta á los fieros Jacobinos», dijo Real en la tribuna de su club. «Los más avanzados de entre ellos, incluso Robespierre, tienen miedo de comprometerse, no osan pronunciarse contra la realeza, hablan de calumnia cuando se les llama republicanos.»

La Asamblea, tan decidida el 22 de Junio, vuelve bruscamente sobre sus pasos, y el 15 de Julio lanza apresuradamente un decreto por el cual declaraba inocente al rey, se pronunciaba contra el derribo de la realeza y contra la república. Desde entonces pedir la república constituyó un crimen.

¿Que había, pues, pasado durante estos veinte días para que los jefes revolucionarios de la burguesía cambiasen tan

rápidamente de rumbo y tomaran la decisión de mantener á Luis XVI en el trono? ¿Se había éste arrepentido? ¿Daba pruebas de someterse á la Constitución? No, nada de esto. El hecho fué que los mangoneadores burgueses habían visto de nuevo el espectro que les atemorizaba desde el 14 Julio de 1789: *la sublevación del pueblo*. Los hombres armados de picas habían descendido otra vez á la calle y las provincias parecían estar dispuestas á sublevarse, como en Agosto de 1789. Solamente al ver el espectáculo de los campesinos que acudían de los pueblos vecinos, al toque de rebato, sobre la capital, conduciendo al rey, este espectáculo les había puesto los pelos de punta y llenado de pavor. Y ahora el pueblo de París se alzaba de nuevo, se armaba y pedía la continuación de la Revolución: la república, la abolición de los derechos feudales, la igualdad sin frases. ¿No serían una realidad la ley agraria, la tasa del pan, el impuesto sobre los ricos?

No, antes que todo esto, el rey traidor; primero la invasión extranjera antes que la revolución popular.

He aquí porque la Asamblea se apresuró á poner fin á toda la agitación republicana lanzando el decreto del 15 que ponía al rey á cubierto de toda discusión, restableciéndole en el trono y declarando criminales á todos los que pedían que la revolución continuara su marcha ascendente.

Por esto los Jacobinos, estos pretendidos directores de la Revolución, después de una jornada de vacilaciones, abandonaron á los republicanos que se proponían provocar, el día 17 de Julio, en el Campo de Marte, un vasto movimiento popular contra la realeza. Y entonces, la burguesía contrarrevolucionaria, segura de sus asuntos, reunió su guardia nacional burguesa, la lanzó contra el pueblo desarmado reunido entorno del altar de la «patria», hizo desplegar la

bandera roja, proclamó la ley marcial y asesinó al pueblo, á los republicanos.



Entonces comenzó un período de franca reacción que fué acentuándose hasta la primavera de 1792.

Los republicanos, autores de la petición del Campo de Marte que pedían la abolición de la realeza, fueron perseguidos. Danton tuvo que trasladarse á Inglaterra (Agosto de 1791). Robert (republicano, redactor de las *Révolutions de Paris*), Freron, y sobre todo, Marat, tuvieron que esconderse.

Aprovechándose de un momento de terror la burguesía se apresuró á limitar aún más los derechos electorales del pueblo. Para ser *elector* era necesario, además de las diez jornadas de trabajo pagadas en contribuciones directas, poseer en propiedad ó en usufructo *un bien* evaluado en 150 á 200 jornales de trabajo, ó tener un cortijo evaluado en 400. Como se ve, los campesinos quedaban despojados de todos los derechos políticos. Si este decreto se volviese una realidad, la burguesía se hubiera puesto á saquear abiertamente los bienes comunales sin encontrar el menor obstáculo, fuera del motín. La revolución del 10 Agosto 1792 impidió la ejecución de este decreto.

Después del 17 Julio fué peligroso llamarse ó ser llamado republicano y pronto se vió al revolucionario Roget tratar «de hombres perversos, que no tienen nada que perder y sí mucho que ganar con el desorden y la anarquía», á los que pedían la destitución del rey y la proclamación de la república.

Poco á poco la burguesía se envalentonó y fué en pleno período de un movimiento realista acentuado, en medio de ovaciones entusiastas al rey y á la reina, prodigadas por la burguesía parisiense, que la Asamblea Constituyente se separó, después que el rey hubo aceptado y

jurado solemnemente, el 14 Septiembre 1791, la Constitución que traicionó el mismo día.

De este modo el gobierno pasaba á las manos de la Asamblea Legislativa, elegida por sufragio restringido y más burguesa aún que la misma Asamblea Constituyente.



Y la reacción fué acentuándose aún más. Hacia fines de 1791 los mejores republicanos acabaron por desanimarse completamente no esperando ya en la Revolución. Marat la creía perdida. «La revolución, escribía desde el *Ami du Peuple*, ha fracasado...» Pedía que se hiciese un llamamiento al pueblo, pero nadie le escuchaba. «Son un puñado de infortunados (de gente pobre), decía en su periódico el 21 Julio, «los que derribaron los muros de la Bastilla. Que se les ponga de nuevo á prueba y se verá como obran igual que aquel día. No piden sino combatir contra sus tiranos; *pero entonces eran libres de obrar y ahora están encadenados.*» Encadenados por los directores, bien entendido. Los patriotas no osan ya mostrarse,» decía Marat el 15 Octubre 1791, «y los enemigos de la libertad llenan las tribunas del Senado y se encuentran en todas partes.» He aquí á que quedó reducida la Revolución á medida que los burgueses y sus «intelectuales» triunfaban.

Estas mismas palabras de desaliento las repetía Camilo Desmoulins en el club de los Jacobinos el 24 Octubre 1791. Los reaccionarios, decía, se han aprovechado y convertido á su favor el movimiento popular de Julio y Agosto de 1789. Los favoritos de la Corte hablan hoy de la soberanía del pueblo, de los derechos del hombre y de la igualdad de los ciudadanos para engañar al pueblo y se pavonean con el vestido de la guardia nacional para coger ó comprar las plazas de jefes. En torno suyo se alían los puntales del trono. Los demonios de la aristocra-

cia han
infernals.

Prudh
la *nació*
represen

Pero s
lins pod
tras que
tuvo que
ocho me
asilo en
noche. D
defendia
cabeza
tuvo que
arrestad

Por lo
correspo
interme
sión y p
alemán
mismo «

El pr

Al p
que la c
le son
gran nú
mientra
gentes,
bieran a
la activ
de rem
manida

Enco
aplasta
nes act
tarse m
instante
funda p
cia de
hallan e
venient
menudo
sarios;

cia han dado pruebas de una habilidad infernal...

Prudhomme decía abiertamente que *la nación estaba traicionada por sus representantes y el ejército por sus jefes.*

Pero siquiera Prudhomme y Desmoulin podían mostrarse en público, mientras que el revolucionario popular Marat tuvo que vivir escondido durante diez y ocho meses y, las más de las veces, ni un asilo encontraba donde cobijarse por la noche. De él se ha dicho, y con razón, que defendía la causa del pueblo teniendo la cabeza pendiente de un hilo. Danton tuvo que huir á Londres para evitar ser arrestado.

Por lo demás, la misma reina, en su correspondencia secreta con Fersen, por intermediación del cual dirigía la invasión y preparaba la entrada del ejército alemán en la capital, comprobaba asimismo «un cambio bien visible en París.»

El pueblo, decía, no lee ya los periódicos. Y añadía esta frase que tan bien caracterizaba la situación: — «Los decretos y la carestía del pan es lo único que les preocupa», escribía en 31 Octubre 1791.

¡La carestía del pan y los decretos! El pan para vivir y continuar la Revolución, pues faltaba desde Octubre. Y los decretos contra el clero y los emigrados, que el rey se negaba á sancionar.

La traición estaba en todas partes y hoy se sabe que en aquella misma época, á fines de 1791, el general Dumouriez, girondino, que mandaba los ejércitos del Este, tramaba complots de acuerdo con el rey, y le dirigía una Memoria secreta sobre los medios de matar la Revolución. Esta Memoria se encontró después de la toma de las Tullerías en el armario secreto, fabricado en un muro por el cerrajero Gamin por orden de Luis XVI.

(Continuará.)

Enrique Malatesta

El problema del amor

Al principio puede parecer extraño que la cuestión del amor y todas las que le son conexas preocupen mucho á un gran número de hombres y de mujeres mientras hay otros problemas más urgentes, sino más importantes, que debieran acaparar toda la atención y toda la actividad de los que buscan el modo de remediar los males que sufre la humanidad.

Encontramos diariamente gentes aplastadas bajo el peso de las instituciones actuales; gentes obligadas á alimentarse malamente y amenazadas á cada instante de caer en la miseria más profunda por falta de trabajo ó á consecuencia de una enfermedad; gentes que se hallan en la imposibilidad de criar convenientemente á sus hijos, que mueren á menudo careciendo de los cuidados necesarios; gentes privadas de los beneficios

y de los goces de las artes y de las ciencias; gentes condenadas á pasar su vida sin ser un sólo día dueñas de sí mismas, siempre á merced de los patronos ó de la policía; gentes para las cuales el derecho de tener una familia y el derecho de amar es una ironía sangrienta y que, sin embargo, no aceptan los medios que les proponemos para sustraerse á la esclavitud política y económica si antes no sabemos explicarles de qué modo, en una sociedad libertaria, la necesidad de amar hallará su satisfacción y de qué modo comprendemos la organización de la familia. Y, naturalmente, esta preocupación se agranda y hace descuidar y á veces hasta despreciar los demás problemas en personas que tienen resuelto, particularmente, el problema del hambre y que se hallan en situación normal de poder satisfacer las necesidades más

imperiosas porque viven en un ambiente de bienestar relativo.

Este hecho se explica dado el lugar inmenso que ocupa el amor en la vida moral y material del hombre, puesto que en el hogar, en la familia, es donde el hombre gasta la mayor y mejor parte de su vida.

Y se explica también por una tendencia hacia el ideal que arrebató al humano espíritu tan pronto como se abre á la conciencia.

Mientras el hombre sufre sin darse cuenta de los sufrimientos, sin buscar el remedio y sin rebelarse, vive semejante á los brutos, aceptando la vida tal como la encuentra.

Pero desde que comienza á pensar y á comprender que sus males no se deben á insuperables fatalidades naturales, sino á causas humanas que los hombres pueden destruir, experimenta en seguida una necesidad de perfección y quiere, idealmente al menos, gozar de una sociedad en que reine la armonía absoluta y en que el dolor haya desaparecido por completo y para siempre.

Esta tendencia es muy útil, ya que impulsa á marchar adelante, pero también se vuelve nociva si, con el pretexto de que no se puede alcanzar la perfección y que es imposible suprimir todos los peligros y defectos, nos aconseja descuidar las realizaciones posibles para continuar en el estado actual.



Ahora bien, y digámoslo en seguida, no tenemos ninguna solución para remediar los males que provienen del amor, pues no se pueden destruir con reformas sociales, ni siquiera con un cambio de costumbres. Están determinados por sentimientos profundos, podríamos decir fisiológicos, del hombre y no son modificables, cuando lo son, sino por una lenta evolución y de un modo que no podemos prever.

Queremos la libertad; queremos que los hombres y las mujeres puedan amarse y unirse libremente sin otro motivo que el amor, sin ninguna violencia legal, económica ó física.

Pero la libertad, aun siendo la única solución que podemos y debamos ofrecer, no resuelve radicalmente el problema, dado que el amor, para ser satisfecho, tiene necesidad de dos libertades que concuerden y que á menudo no concuerdan de modo alguno; y dado también que la libertad de hacer lo que se quiere es una frase desprovista de sentido cuando no se sabe querer alguna cosa.

Es muy fácil decir: «Cuando un hombre y una mujer se aman, se unen, y cuando dejan de amarse, se separan.» Pero sería necesario, para que este principio se convirtiese en regla segura y general de felicidad, que se amaren y cesaren de amarse ambos al mismo tiempo. ¿Y si uno ama y no es amado? ¿Y si uno aun ama y el otro ya no le ama y trata de satisfacer una nueva pasión? ¿Y si uno ama á un mismo tiempo varias personas que no pueden adaptarse á esta promiscuidad?

«Yo soy feo, nos decía una vez un amigo, ¿qué haré si nadie quiere amarme?» La pregunta mueve á risa, pero también nos deja entrever verdaderas tragedias.

Y otro, preocupado con el mismo problema, decíanos: «Actualmente, si no encuentro el amor, lo compro, aunque tenga que economizar mi pan. ¿Qué haré cuando no hayan mujeres que se vendan?» La pregunta es horrible, pues muestra el deseo de que haya seres humanos obligados por el hambre á prostituirse; pero es también terrible... y terriblemente humano.

Algunos dicen que el remedio podría hallarse en la abolición radical de la familia; la abolición de la pareja sexual más ó menos estable, reduciendo el amor al solo acto físico, ó por mejor decir,

transformándolo, con la unión sexual por añadidura, en un sentimiento parecido á la amistad, que reconozca la multiplicidad, la variedad, la contemporaneidad de afectos.

¿Y los hijos?... hijos de todos.

¿Puede ser abolida la familia? ¿Es de desear que lo sea?

Hagamos observar antes que nada, que, á pesar del régimen de opresión y de mentira que ha prevalecido y prevalece aun en la familia, ésta ha sido y continúa siendo el más grande factor de desarrollo humano, pues en la familia es donde el hombre normal se sacrifica por el hombre y cumple el bien por el bien, sin desear otra compensación que el amor de la compañera y de los hijos.

Pero, se nos dice, una vez eliminadas las cuestiones de intereses, todos los hombres serán hermanos y se amarán mutuamente.

Ciertamente, no se odiarán; cierto que el sentimiento de simpatía y de solidaridad se desarrollaría mucho y que el interés general de los hombres se convertiría en un factor importante en la determinación de la conducta de cada uno.

Pero esto no es aún el amor. Amar á todo el mundo se parece mucho á no amar á nadie.

Podemos, tal vez, socorrer, pero no podemos llorar todas las desgracias, pues nuestra vida se deslizaría entera entre lágrimas, y sin embargo, el llanto de la simpatía es el consuelo más dulce para un corazón que sufre. La estadística de las defunciones y de los nacimientos puede ofrecernos datos interesantes para conocer las necesidades de la sociedad; pero no dice nada á nuestros corazones. Nos es materialmente imposible entristecernos á cada hombre que muere y regocijarnos á cada nacimiento.

Y si no amamos á alguien más vivamente que á los demás; si no hay un solo ser por el cual no estemos más particu-

larmente dispuestos á sacrificarnos; si no conocemos otro amor que este amor moderado, vago, casi teórico, que podemos sentir por todos, ¿no resultaría la vida menos rica, menos fecunda, menos bella? ¿No se vería disminuída la naturaleza humana en sus más bellos impulsos? ¿Acaso no nos veríamos privados de los goces más profundos? ¿No seríamos más desgraciados?



Por lo demás, el amor es lo que es. Cuando se ama fuertemente se siente la necesidad del contacto, de la posesión exclusiva del ser amado.

Los celos, comprendidos en el mejor sentido de la palabra, parecen formar y forman generalmente una sola cosa con el amor. El hecho podrá ser lamentable, pero no puede cambiarse á voluntad, ni siquiera á voluntad del que personalmente los sufre.

Para nosotros el amor es una pasión que engendra por sí misma tragedias. Estas tragedias no se traducirían más, ciertamente, en actos violentos y brutales si el hombre tuviere el sentimiento del respeto á la libertad ajena, si tuviere bastante imperio sobre sí mismo para comprender que no se remedia un mal con otro mayor, y si la opinión pública no fuese, como hoy, tan indulgente con los crímenes pasionales; pero las tragedias no serían por esto menos dolorosas.

Mientras los hombres tengan los sentimientos que tienen—y un cambio en el régimen económico y político de la sociedad no nos parece suficiente para modificarlos por entero—el amor producirá, al mismo tiempo que grandes alegrías, grandes dolores. Se podrá disminuirlos ó atenuarlos, con la eliminación de todas las causas que pueden ser eliminadas, pero su destrucción completa es imposible.

¿Es esta una razón para no aceptar nuestras ideas y querer permanecer en

el estado actual? Así se obraría como aquel que no pudiendo comprarse vestidos lujosos prefiriese ir desnudo, ó que no pudiendo comer perdices todos los días renunciase al pan, ó como un médico que, dada la impotencia de la ciencia actual ante ciertas enfermedades, se negase á curar las que son curables.

Eliminemos la explotación del hombre por el hombre, combatamos la preten- sión brutal del macho que se cree dueño de la hembra, combatamos los prejuicios

religiosos, sociales y sexuales, asegure- mos á todos, hombres, mujeres y niños, el bienestar y la libertad, propaguemos la instrucción y entonces podremos re- gocijarnos con razón si no quedan más males que los del amor.

En todo caso, los desgraciados en amor podrán procurarse otros gozes, pues no sucederá como hoy, en que el amor y el alcohol constituyen los únicos consuelos de la mayor parte de la hu- manidad.

Le Réveil, Ginebra.

Manuel Ugarte

Hojas sueltas

Quizá tienen razón los que afirman que el socialismo es un estado de alma. Es necesario haber sufrido para ser bueno. Los que saborean una vida feliz, sin tropiezos ni angustias, pasan por el mundo como los ciegos. Es necesario haber so- portado injusticias, haber llorado gran- des penas, haber sido calumniado, haber vivido, en fin, para saber lo que es la vida. Daudet lo expresó en una frase: «La naturaleza pone grandes dolores en el corazón de los poetas; los canarios cantan mejor cuando se les han reven- tado los ojos.» Y poetas son todos los rebeldes, todos los que conciben una vida más alta.

Vivimos prisioneros del mal. El ata- vismo, la educación y el ejemplo nos retienen en plena zona de egoísmo. Nues- tros instintos, los consejos fraternales y la tendencia á imitar á nuestros predece- sores nos sugieren la idea de que es lícito todo lo que no está prohibido ó penado por los artículos de un código que exte- rioriza la voluntad de una categoría de ciudadanos y que es sólo el arma forjada para defender sus intereses. Obedecemos á la letra de una justicia convencional que no entendemos y que soportamos por costumbre, sin darnos cuenta de lo que es.

Hay males que están tan cerca de nos- otros, defectos que forman de tal modo parte integrante de nuestra existencia, crímenes con los que estamos tan fami- liarizados, que acaban por pasar inadver- tidos á nuestros ojos, como la cojera ó giba de una persona á quien hemos visto siempre. Á veces llegamos hasta creer que son defectos necesarios. La costum- bre no nos permite admitir que nuestro amigo pudo nacer con las dos piernas iguales y sin corcova en la espalda.

Por eso es que para vencer las resis- tencias que se oponen á nuestra acción, debemos recurrir más á menudo al razo- namiento que á la amenaza.

Nuestros enemigos no son muchas veces más que gentes que no han des- pertado.



Desconfiemos de las impresiones vio- lentas. Los sentimientos que se apoderan de nuestra voluntad y nos imponen pre- ferencias apasionadas, son generalmente espejismos de la razón. Nos seducen por sus colores vivos. El instinto, bestia del hombre, ama la púrpura. Seamos enér- gicos, sin ser vehementes.



En la prisión obscura que nos han hecho de la vida, en la cueva de infamias que ha cavado la mala voluntad de algunos y el acatamiento ó la ignorancia de los demás, resulta casi imposible dar un paso ó hacer un gesto que no choque con alguna de las preocupaciones corrientes, preocupaciones que son como los barrotes de la jaula en que estamos encerrados. Cuando nos libertemos, lanzaremos un alarido de dicha, como el que debió lanzar el primer hombre que, en los tiempos primitivos, logró transmitir á otro su pensamiento.

Si algo debe quedarnos de patriotismo, tengamos el patriotismo de la especie; y si algo debe subsistir de religión, que sea la religión de la justicia.

Ese socialismo católico que se niega á la lucha, que apenas reclama algunas reformas anodinas, que reconcentra toda su actividad en maitines y procesiones, que mantiene á los cerebros en tutela, que trata de perpetuar entre los humanos el miedo ingenuo, la superstición pueril y burda del hombre solitario en las selvas vírgenes, ese «socialismo cató-

lico» sólo es, á su pesar ó á sabiendas, un auxiliar en manos de las clases dirigentes.

Es muy posible que el hombre, que es un Diógenes de ensueño, no encuentre jamás la felicidad pura y sin mancha. Pero obtendremos por lo menos algunas aproximaciones. Y ya vale ello la pena de luchar.

La excepción confirma la regla. Para un San Francisco de Asís que se ha quitado la túnica para darla á los pobres, ha habido millares de obispos que se han hecho pagar por ellos la vajilla de sus banquetes.

Cuando el feudalismo capitalista haya sido substituido por otras formas más avanzadas de organización social, no habremos terminado todavía nuestra obra. Á medida que la humanidad avanza, descubre nuevas perspectivas.

Al pensar en la Revolución Social, no imaginemos represalias ni expiaciones. «Es tiempo, como dijo Saint-Just, de que la libertad sea otra cosa que el furor de un partido.»

Juan Buscón

Efectos de la guerra

Secas las fauces por el naciente calor que se deja ya sentir en esta risueña primavera, entré ayer tarde en un café; y en tanto paladeaba la seguramente inauténtica cerveza de Munich que el mozo acababa de servirme, un buen señor sentado á la vecina mesa, ocupado en leer una revista y en saborear á pequeños sorbos un no menos inauténtico Moka, lanzó de pronto con voz indignada las siguientes exclamaciones:

—¡Parece imposible!... ¡Que brutos y que memos!... ¡Ah!... realmente el hombre cuando se empeña en hacer el bestia

supera en irracionalidad á todos los demás animales de la creación.

Y volviéndose hacia mí preguntóme:

—¿No es usted de mi opinión, caballero?

—La verdad es que á veces... á veces... no se porta muy racionalmente,—repuse.

—Celebro que abunde usted en mi modo de apreciar la idiosincracia de esa mísera humanidad. Y estoy seguro de que á usted le habrá sulfurado ese detalle que acabo de leer en esta publicación.

—¿Qué detalle?

—El del gasto enorme, fenomenal, que hasta la fecha lleva hecho la Rusia en el sostenimiento de la guerra: ¿sabe usted á cuanto asciende?... Horrorícese usted: á cinco mil doscientos millones de francos.

—Lo cual me parece que pasa ya de detalle.

—Tiene usted razón. A un capitalazo así no se puede ya llamar detalle. ¡Cinco mil doscientos millones!... Y dedicados todos á una obra de destrucción, de matanza, de luto, de ruina...

—Y de derrota... porque si aun gastando esas sumas colosales hubiesen los rusos conseguido la victoria sobre los enemigos, menos mal... para el Tzar, quiero decir. Pero pagar tanto para salir pegado... vaya, que es un colmo.

—¡Cinco mil doscientos millones!...— prosiguió con acento melancólico mi desconocido vecino é interlocutor—¡Mil cuarenta millones de duros, sin el cambio, echados tan miserablemente en el espacio de un año! Y pensar que con este dinero invertido, en el plazo de un decenio, en obras de pacificación y de cultura, fundando escuelas de agricultura y Bancos agrícolas, abriendo grandes vías férreas, explotando minas, fomentando el comercio y la navegación, fundando escuelas y centros de enseñanza, hubiese podido el Estado ruso llegar antes de que hubiesen transcurrido aquellos diez años, á una situación de riqueza y de progreso, digna de un gran pueblo y de un gran gobierno y dando al mundo entero un admirable ejemplo! (1).

—¡Qué quiere usted, señor!... así va el mundo: ya se habrá usted enterado que jamás para las empresas de paz y de civilización se encuentra el dinero que con tanta facilidad se gasta en empresas de guerra y de exterminio.

—Sí, señor: es una tristísima verdad.

(1) Imposible; los gobiernos, grandes ó chicos, no se crearon sino para facilitar el rápido enriquecimiento del puñado de miserables que se benefician ó con la conquista de países extranjeros ó con la explotación del obrero en su respectiva nación.—N. DE R.

—Indiscutible. Y esté usted convencido de que si la guerra continúa todavía un año más, encontrará también la Rusia con mayores ó menores dificultades, otros cinco mil doscientos millones de francos para ir tirando. Lo cual sumará un total de diez mil cuatrocientos millones. Es decir, una cantidad más que suficiente, si se aplicara bien, para la transformación total de una nación como España, pongo por caso, y convertirla en un Eden.

—Eden Concert; porque aquí no las aplicaríamos bien esas millonadas.

—Es muy probable. Pero de eso no debemos preocuparnos, porque como no hemos de encontrar en ninguna parte quien nos facilite un empréstito por el estilo...

—De eso podemos estar seguros.

—Cuanto á la Rusia, nó sé si se le ha ocurrido á usted el total monstruoso que representa el valor monetario de la mercancía humana perdida en el curso de esta guerra.

—No comprendo...

—Me explicaré. Todo hombre representa un valor mercantil (1). Al fin y al cabo un individuo es, económicamente considerado, una especie de máquina productora que desde su nacimiento ocasiona un gasto permanente y cuyo perfeccionamiento y conservación exige un dispendio continuo.

—Naturalmente: esa máquina, como usted dice, además de comer tiene que vestirse y atender á una serie de necesidades fijas ó eventuales.

—Ni más ni menos. Y creo que aceptando un promedio no será exajerado afirmar que un súbdito ruso pertenece á las clases inferiores y que menos

(1) Y también un valor moral, de sensibilidad; pero para los escritores burgueses esto no cuenta. Todo se les vuelve números y ganancias. El vaho de sangre que se contagia cuando estalla la guerra, nos parece que representa una pérdida muy apreciable del progreso que sin este factor habrían hecho los sentimientos altruistas y sociales.—N. DE R.

gastan, ó sean las campesinas y obreras, representará un dispendio anual de 1.000 francos; por lo tanto al llegar á los 25 años ese individuo representará un coste de 25.000 francos. Según los cálculos más racionales, la nación rusa ha experimentado una pérdida «absoluta» de 250.000 hombres, minimum entre los muertos sobre el campo de batalla y los fallecidos á consecuencia de sus heridas ó víctimas de diversas enfermedades. Todos han sucumbido en la flor de la edad: entre los 20 y los 30 años. Admitiendo un promedio de 25 y multiplicando los 25.000 francos de coste individual por los 250.000 muertos, encontraremos que la pérdida metálico-humana, ó sea del hombre mercancía, se eleva á un total de 6.250.000.000 de francos, ó sea superior todavía al de las sumas desembolsadas y devoradas efectivamente por los gastos de la guerra. Y á esas sumas

colosales podríamos añadir otras muy difíciles de establecer aun aproximadamente, ó sean las representadas por la futura producción de esas 250.000 máquinas humanas destrozadas ahora brutalmente, hechas añicos. Figúrese usted que á fuerza de tiempo, paciencia y dinero consigue construir una máquina de la cual espera usted lógicamente sacar durante quince, veinte ó treinta años los merecidos beneficios. Esa máquina queda de súbito despedazada, convertida en inservibles restos. La pérdida sufrida por usted es enorme, ¿no es verdad?... enorme é irreparable. Pues bien: hágase el cargo de que la colectividad rusa ha perdido 250.000 máquinas, de un coste de 5.000 duros cada una que hubiesen producido muchos miles de millones.

—Es atroz... es horroroso... es estúpido...

De *La Vanguardia*, Barcelona, Abril, 1905.

Rioux de Maillou

Gramíneas

Linneo veía en la grande, pero humilde familia de las gramíneas, una imagen del pueblo. «Son, decía, las plebeyas, las pobres, las rústicas del reino vegetal. Forman su parte más simple, la más numerosa y más vivaz. Por esto reposa en ellas el poder y la fuerza. Y cuanto más se las pisotea y maltrata, más se multiplican.» Chateaubriand vió en ellas, sobre todo, «el poético ornato de las ruinas góticas.»

Adorno ó no, ello es que suben sin cesar al asalto de estas ruinas y las sepultan cada vez más, bajo su delicada, pero viva vegetación. Sus tallos, finos y larguiruchos, débiles y flexibles, parecen agitar, hacer flotar en los menores soplos de la brisa los minúsculos, pero innumerables estandartes del triunfante ejército de los humildes, de los pequeños, de los tenaces de la existencia luchando por su

espacio al sol. Plantado está sobre las ruinas feroces, de una rudeza sombría, de una asperosidad feudal, el estandarte de la pululante é infinita marea de los desheredados. Nadie lo abatirá, porque bajo sus pliegues palpita la vida; la vida intensa siempre renaciendo de sí misma, la pródiga reserva de gérmenes que siembra sin contar y sin fatiga, como si se satisficiera á sí misma, generaciones y más generaciones. El eterno mañana pertenece á estos mezuquinos del *devenir* fisiológico. El más poderoso é irresistible de todos los factores, el tiempo, combate por ellos.

Linneo tuvo razón. En este enjambre democrático, en esta masa, «innúmera como las arenas del mar ó las estrellas,» es donde reside la verdadera fuerza, aquella fuerza que tiene por nombre: duradero.

Todo lo que es artificial: los castillos, los palacios, los monumentos, como los sistemas, las constituciones y las sociedades, no tiene más que un momento para sí, una hora—poca cosa ante la inmensurable vida general aunque esta hora alcanzare la amplitud secular;—pasada la cual, la ruina comienza, la grieta bosteza en el muro, las piedras se disgregan arrastrándose unas á otras en el rebote destructor de su propia caída. Entonces las gramíneas, venidas nadie sabe de donde, aparecen una mañana asomando sus verdes agujas entre las piedras. La loca avena lo irá sepultando y nivelando todo. ¡Paso á la vida! Paso á la prodigiosa existencia de los ínfimos que se llaman *legión*. Todo cederá ante el pueblo de las gramíneas. ¿Qué hacer, qué esperar contra estas frágiles testarudas que «cuanto más se las pisotea y maltrata más se multiplican»? ¿Qué intentaremos contra estos individuos cuyos mismos cuerpos aplastados forman el terreno sobre el cual se fijarán y alimentarán las raíces de sus descendientes?

Mucho menos que al mar puede decirse á la vida: «No irás más lejos.» Ruinas bamboleantes, escombros amontonados... Paso á las gramíneas. Viejas sociedades en disolución... ceded el puesto á la renovación que viene de abajo. Paso á la vida sana de natura; paso al *devenir* latente, ¡vosotros los que ya no podéis con vuestros huesos! Paso á los vivos, ¡vosotros los anémicos, los que languidecéis, los galvanizados de la muerte! Paso á las gramíneas.

La vida, la vida facilitada, mejorada para todos; he ahí en último término el problema del agrupamiento de los seres, el problema social. El derecho de los derechos es el derecho á la vida. Desde el momento que somos, desde el instante que el nacer nos arrojó á la existencia haciéndonos esclavos de esta misma existencia, *condenados á vivir*, tenemos empeño en vivirla. Ya que el instinto de

sociabilidad de nuestra especie nos conduce á la unión, á acercarnos unos á otros para arrastrar en común nuestra cadena á fin de sentir menos su peso, nadie tiene el derecho de descargarse de su parte y endosarla al vecino á riesgo de aplastarlo.

Limitar la vida al individuo es un asesinato para la sociedad. No tan sólo asesina cobardemente uno de sus miembros, sino que de golpe inaugura su propio suicidio. Morirá fatalmente de la misma muerte que causa. Un foco contagioso se forma con aquel homicidio. Es la sangre de toda la colectividad la que acaba de derramarse en la persona de su miembro más ínfimo. Hay ruptura de equilibrio, y, por consiguiente, caída inevitable á un momento dado. La vida de los grupos, como la de los individuos, exige una armonía que acaso es el único principio.

«¡La muerte ha entrado en el mundo!» clama el verso inspirado de Byron ante el cadáver de Abel. La muerte entra en la sociedad para reinar soberanamente cuando, no importa cual sea el miembro que agoniza y da el último suspiro, imposibilitado para vivir en ella.

No nos hagamos ilusiones ante el exceso de opulencia de algunos. Están condenados de igual manera que el último de los miserables. Pieren por exceso, como éste por carencia. Si éste sucumbe por inanición, aquellos reventarán por indigestión; he ahí toda la diferencia. La muerte sabrá restablecer la igualdad.

¡No hay institución que sea capaz de detener esta ley de justicia suprema; no hay ni una forma de gobierno, por absoluto y despótico que sea, que pueda oponerse á esta regularizadora manifestación de la lógica vital en sus relaciones con las formas sociales!

La lucha por la existencia del estado de naturaleza no es aplicable, por lo menos en su juego individual, en política y en economía política. La emulación es

superior á la lucha. Se combate juntos, no unos contra otros. Se combate contra el medio exterior, contra las fatalidades que nos rodean. La conquista de estas fatalidades es lo que motivó la unión en sociedad. Todo lo que no tiende á este objetivo es absurdo, contradictorio, y, por lo tanto, condenado á la destrucción y á la rápida descomposición.

Las ruinas de que habla Chateaubriand cubrirán pronto los suelos y todo será escombros.

Y entonces las gramíneas, las indestructibles gramíneas, emprenderán nuevamente la obra de la vida por la base; *las pisoteadas y maltratadas* pisotearán á su vez, sepultarán, debajo del entrecruzamiento de sus raíces y debajo del manto de verdura de sus tallos fraternalmente mezclados, á los últimos vestigios olvidados del edificio aniquilado por haber querido hacer muerte con la vida, lo que obliga á las gramíneas á rehacer la vida con la muerte.

Justice, París 1895.

Un hombre valiente y útil

Enrique Ibsen

(Un cementerio en las montañas. Un cortejo fúnebre. Al borde de la fosa, un sacerdote. Se acaba un cántico. PEER GYNT aparece sobre el camino, fuera del círculo.)

PEER GYNT, *deteniéndose en el umbral*. — Nada, un ciudadano más que toma el camino del polvo humano. Afortunadamente, no soy yo. *(Entra)*.

EL SACERDOTE, *predicando*. — Yahora, queridos hermanos, mientras el alma se presenta al tribunal supremo, y que el cuerpo descansa, diremos algunas palabras del camino que el difunto recorrió aquí abajo.

No poseía fortuna ni talento. Su voz era débil, vacilante, y apenas sabía gobernar su casa. En la iglesia, parecía pedir humildemente el permiso de sentarse al lado de los demás. Como no ignoráis era oriundo de Gudbrandsdal. Era casi un niño cuando vino á este país. Recordaréis haberle visto, hasta que murió, circular entre nosotros llevando siempre la mano derecha en el bolsillo. En esta postura su imagen se ha grabado en vuestra memoria. Añadid su aire embarazado y la reserva de su actitud cada vez que se hallaba en una reu-

nión. Pero, por mucho que prefiriese permanecer apartado y que siempre fué un extranjero entre nosotros, no ignoraréis sin duda el secreto que procuraba guardar: esta mano que llevaba siempre hundida en el bolsillo no tenía más que cuatro dedos. Me acuerdo aun, á pesar de que la cosa data de tiempo: una mañana llegaron á Lunde unos reclutados. Entonces había guerra y todo el mundo hablaba de las calamidades públicas. Todos se preocupaban del porvenir del país. Yo estuve presente. El capitán estaba sentado detrás de una mesa, con el alcalde y unos sargentos al lado. Uno después de otro examinaban, medían á nuestros muchachos y los declaraban soldados. La sala estaba llena. En el patio resonaban las risas bulliciosas de la juventud. De pronto se pronunció un nombre y un ¡presente! respondió al llamamiento. Estaba pálido como la muerte, blanco como la nieve de las montañas. Se le hizo avanzar y llegó hasta el pié de la mesa. Su mano derecha estaba envuelta por un lienzo blanco. Tembloroso, tragando su saliva, sin habla, nada respondió á las preguntas del capitán. Al fin, sin embargo, enrojeciendo y con entrecortada voz, balbuceó

unas palabras, de las que se desprendió que le había ocurrido un accidente, cuestión de una hoz que le había cortado un dedo. El silencio se hizo en torno suyo. Se cambiaron miradas significativas, amenazadoras para el muchacho; los labios de muchos se contrajeron. Con la vista baja, el muchacho sentía que la tempestad se le echaba encima. De pronto, el capitán se levantó, escupió, alargó el brazo y le dijo: márchate. El muchacho se fué, pasando por entre una doble fila de gente hostil. Al llegar á la puerta se echó á correr y ganó las alturas de las montañas. Atravesó bosques, escaló pendientes, corriendo siempre, hasta que llegó á su casa, en el *fjæll*. Seis meses más tarde vino aquí con su madre, con unos niños y una mujer con la que se casó tan pronto como pudo. Había desmontado y cultivado un terreno en la landa que se eleva hacia el Lomb y construídose una casa. El terreno era duro, pero él logró ablandarlo, como lo atestiguaban los terrones. Si en la iglesia tenía una mano en el bolsillo, bien se veía que en el campo sus nueve dedos trabajaban por diez. Una primavera el torrente le arrasó todo su trabajo. Él y su familia se salvaron. Sin recursos, sin abrigo, púsose nuevamente á trabajar y antes de terminar el verano pudo verse en la montaña un nuevo campo de centeno, en un sitio mejor protegido que el arrasado. Sí, mejor protegido contra la inundación, pero no contra el alud. Dos años más tarde todo quedó sepultado por una avalancha. Todo, menos el ánimo de este hombre. De nuevo se puso á la tarea, y tanto hizo y tan bien, que su casa estaba ya levantada antes de terminar el invierno, por tercera vez. Tenía tres hijos, tres robustos muchachos. La escuela estaba muy distante: donde termina el camino comunal, era necesario aun tomar por un sendero

estrecho y abrupto abierto en la dura nieve. ¿Qué hacía él? Pues dejando que el mayor andara como pudiera y limitándose á sostenerle, cuando la pendiente era rápida llevaba á los otros dos sobre sus espaldas. Así los condujo á la escuela durante varios años. Los hijos se hicieron hombres. Llegaba el momento de que le ayudaran á cambio de las fatigas por ellos sufridas... Tres ciudadanos acomodados han olvidado hoy, en el nuevo mundo, á su padre noruego y el camino de la escuela. Era un hombre de cortos alcances. Fuera de su pequeño círculo nada veía. Las poderosas palabras que hacen palpar á tantos corazones eran letra muerta para él. Pueblo, patria, todo lo que hay de elevado, de sublime, estaba en él sumido entre nieblas. Este hombre era un humilde. Desde el día del reclutamiento parecía vivir bajo el peso de una sentencia, con la vergüenza en la frente y la mano oculta en su bolsillo. Ante la ley del país, ¿no era, acaso, un desertor? Sí, verdad es; pero hay algo que brilla por encima de la ley, como las altas cumbres que blanquean detrás del Glittertind y hacen descender sobre este glaciar las nieblas que lo velan. Era un mal ciudadano. Para la Iglesia y para el Estado era un árbol estéril. Pero allí, sobre la cresta más alta; allí donde nuestros caminos se estrechan y borran; en aquel trabajo hacia el cual se sentía llamado, era grande, porque era él mismo. Su vida dió la nota que le era propia. Vibró siempre á la sordina. Descansa en paz, modesto guerrero que luchaste y moriste en el humilde combate del campesino. Nosotros no tenemos el derecho de sondear estos corazones; pero tengo la firme creencia de que este hombre no se presenta como un estropeado y un inútil ante el tribunal supremo. *El cortejo se dispersa y aleja. PEER GYNT queda solo.*)

De *Peer Gynt*, poema dramático en cinco actos.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA